

nos dimos cuenta, fueron las opciones de lo diverso, del país pensado si es posible, de la tolerancia como espacio no como concesión y menos aún como estrategia. El relato es policialmente irresoluble porque el orden que discute no es mecánico, políticamente resulta esperanzador porque logra proponer desde una alegoría cerrada un universo de conciliaciones, los niños dirimen el presente con armas del futuro: la ausencia de culpas — ¿no es caso esta una característica de toda cultura aluvional?. La inocencia sorprendida parece exhibirse en la última declaración, en los rifles de deporte, ominosos, que anuncian la violencia ciudadana del futuro, aun no son parte de esta guerra: "...los compramos para cazar iguanas. Las iguanas se montan en el techo de la casa y no nos dejaban dormir en toda la noche". ¿Quién se atrevería a dudar de la versión del señor Volkenborg?

Miguel Ángel Campos

Maracaibo y la escritura de Blas Perozo Naveda

Maracaibo es violentamente un mundo e, intensamente, un caos.

Es un precipitado modo de la cotidianidad donde los límites, frágiles, provisorios, esbozan un orden difuso.

Es una música, un fervor de lo heterogéneo y de la transgre-

sión festiva de los interdictos.

Es un modo de respirar, una especial distancia con el otro y los otros. Una insolación que hace de todos los ámbitos espacios de la exterioridad.

Maracaibo es una experiencia de la exterioridad.

El sol, caliente y gritón, regresa del mercado y tira una piedra y sube a una mata de mangos y deja su resplandor en la entrada de la noche, para transformar la ciudad desde un lienzo persistente y nocturno de luz. Porque Maracaibo, por ejemplo a las seis de la tarde o en el cruce exacto de las ocho o en la navegación entre dos aguas de la medianoche, alcanza su metáfora, su perplejidad, su revelación, el punto exacto y misterioso de su belleza.

Y desde el lago, o desde la perspectiva suspendida del puente sobre el lago, la ciudad es el más grande de los barcos, que se desliza sostenido en sus luces, en sus voces, en sus pequeñísimos estallidos de afirmación de vida de su cotidianidad.

El "¿mirá, como estáis?" aplana todos los pliegues y coloca al yo en la más insólita igualdad con el otro, para de pronto, presentar la fisura del desafío. Porque, en este torrente de luz, ¿No es todo, hasta la rendición amorosa, el más violento desafío?.

Hay una ciudad en la memoria de mi generación, que se comunicaba, desde su malecón, con

el infinito, y que sonaba en nuestros pasos y se repetía en los versos que recitábamos, nosotros, entonces estudiantes de la Escuela de Letras en la ciudad más calurosa del mundo; salíamos en las noches a los cafés a leer poesía y tomar vino, como imaginábamos que lo habían hecho los “poetas malditos”; y en nuestros pasos por el malecón, leíamos, como si fueran nuestros, los versos de *Cero absoluto*, de Hernán Alvarado, *Ciudad día*, de Juan Pintó, y *Babilonia*, de Blas Perozo Naveda. Y sentíamos a través de esos versos, que levantaban vuelo en el aire cálido de la noche, a Maracaibo como un modo de cultura, como un lenguaje con superficie de múltiples estallidos y profundidad de seres, resonancias y cosas.

De ese estallido y de esa profundidad emerge la obra de Blas Perozo Naveda, como la imagen en el espejo de la ciudad, como la representación de su enigma, y la manifestación de su fiereza y los signos ocultos de su ternura. También, como la expansión estética de aquellos versos de Babilonia.

La publicación de *La piel áspera* (Mérida, El otro, el mismo, 2001), que reedita tres libros hoy inconseguibles (*Maracaibo city*, *Tierra de cascabeles* y *Mala lengua*) y uno hasta hoy inédito (*Ficción de un hombre montado en su caballo*), en la conjunción de prosa y poesía, es hecho propiciatorio para la lectura y relectura de la obra de Blas

Perozo Naveda. De este modo el lector podrá observar en *Maracaibo city* la celebración narrativa de un mundo del que deriva un violento escepticismo que quizás pueda sintetizarse en la frase que, como subtítulo, abre el libro, “Ahí te va verga cuerpo adolorido”. Este libro, que es una celebración de la ciudad, nos enfrenta también a una propuesta formal del relato, a una poética del fragmento, a la fuerza aniquiladora y sin tregua de la parodia, que se continúa en *Tierra de cascabeles*, donde, por ejemplo, la conjunción de Hamlet y Superman, nos borra los límites entre lo popular y lo culto (Así como el “Tupí or no tupí, these is the question” borra los límites y es celebración de lo heterogéneo en el manifiesto antropofágico de Oswald de Andrade) y la mitología del Cowboy nos coloca en el cruce entre la nostalgia de la infancia y la más extrema parodia. En los textos breves de *Mala lengua* las aristas de la violencia cotidiana —las pequeñas traiciones y venganzas, las pequeñas cobardías y bautades—, inesperadamente alcanzan su equilibrio en los signos de la celebración de la vida y de la desmitificación del poder; y finalmente *Ficción de un hombre montado en su caballo*, poemas y pequeños textos en prosa, donde concurren los rasgos que caracterizan esta escritura.

La piel áspera es un acontecimiento literario que despliega el lienzo de la obra de un escritor fun-

damental; y el lienzo de la siempre enigmática, festiva y a la vez, sorprendentemente escéptica cultura de Maracaibo.

A. T.

Una novela: Pin pan pun

Me dispuse a leer la novela de Alejandro Rebolledo (*Pin pan pun*, editorial Urbe, 1988) no sin cierto desdén. Un problema generacional — me digo. Superficiales y, sobre todo, efectistas. Así cualquiera escribe, Una jeva y tal, tururú, tururú, me facho un joint, y el asunto está resuelto. No hay que inventar nada, no hay que pensar en el lenguaje. Lampituvirán: la novela está servida.

Luego de haber leído 397 páginas sin pausa, después de confrontarme con el inframundo al que la novela de Rebolledo nos arroja, perplejidad es lo que mejor define mi estado de ánimo — y eso me gusta.

El libro es un círculo de capas concéntricas donde orbitan seres perdidos en una sobrevivencia vana. Un universo en el que no hay, es esencia, diferencias sociales: marginales, pequeños burgueses y burgueses patalean inmersos en un nudo de complejidades y contradicciones, interactuando, igualados en actitudes, entregados a la miseria, esclavos de sus instintos, prisioneros de sus propios deseos y carencias. Víctimas y victimarios de su destino.

Luis, el quemadito de Los Palos Grandes, secuestrador secuestrado, es el eje de una historia en la que se cruzan las de Ana Patricia Mendoza, Yetzibel, Laudvan, Alejandro Mendoza, Caimán, Tufo, Federico Mendoza, Isabella (de Mendoza), Fermín, Frank, Bróder, Juan Power, Amaranta, Andrés, Mauricio, Xaviera, Jenny, Kathy, Ricardo, Yaqui y el inspector Bermúdez. ¿Falta alguno? Un periódico, una emisora de radio y la calle, que es el sistema circulatorio de montones de relatos que convergen en el absurdo secuestro de Ana Patricia Mendoza, hija del dueño del Diario El Guardián. Rebolledo nos va llevando por el alma de cada uno de estos seres y sus circunstancias, en una historia que se va tejiendo como un mosaico en el que cada personaje es también narrador: Una estructura realmente compleja y al mismo tiempo transparente. Puede verse cada vértebra, como en una radiografía, de este cuerpo narrativo. Y también cada alveolo por el que transpiran los personajes. Sin patetismos externos, sin elementos decorativos, lo patético está dentro y no fuera. Todo es patético y punto. No hay punto de vista, no hay moral, no hay manipulación. Los personajes y los hechos están allí, y pin pan pun: no es para que nos guste o nos disguste.

Ana Patricia odia a su hermano, Alejandro, porque es un